

Educación, formación de maestros y poder: reflexiones desde la antropología

*Education, teacher's formation and power:
reflections from anthropology*

*Educação, formação de professores e poder:
reflexões a partir da antropologia*

Javier González Díez

Universidad Nacional de Educación (UNAE)

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i50.804>

El libro de Sonia Fernández, *La escuela que redime. Maestros, infancia escolarizada y pedagogía en Ecuador, 1925-1948*, tiene dos importantes méritos: en primer lugar, constituye un avance muy importante para los estudios sobre la historia de la educación ecuatoriana, permitiéndonos conocer el aporte de la educación a la construcción del moderno Estado ecuatoriano posliberal en el siglo XX. En segundo lugar, este libro no se limita a aportar al conocimiento de un específico período histórico, sino que al mismo tiempo abre el camino a una serie de reflexiones y debates sobre la función política y social de la educación, dándonos instrumentos conceptuales para abordar casos y problemas también más recientes. La lectura del libro que voy a proponer aquí se va a centrar sobre todo en esta segunda dimensión, es decir, su capacidad de avanzar reflexiones sobre la importancia de la educación en los ámbitos político y social, y de plantear su relación con los procesos de construcción del Estado-nación. La perspectiva desde la que realizo mi lectura no es la de un historiador “puro”, sino la de un antropólogo con experiencia también en historia y que se interesa por temas de educación. Es, por lo tanto, una lectura “lateral”, que quiere utilizar conceptos de la teoría antropológica para crear un puente de diálogo entre los aportes de la investigación histórica y la reflexión de las ciencias sociales sobre los modelos educativos dentro de la sociedad.

Pero empecemos: el panorama en el que se coloca la investigación de Sonia Fernández es el nacimiento en Ecuador, a partir de los años 1920, de un nuevo sistema de educación a nivel nacional. Este sistema fue impulsado por un grupo de pedagogos que adhirieron con entusiasmo a las ideas de la llamada “Escuela Nueva”, corriente pedagógica que se inspiraba en las ideas de Rousseau, para continuar con los aportes de Pestalozzi, Dewey y Decroly. La Escuela Nueva –o también Escuela Activa– planteaba una ruptura con la llamada “educación tradicional”, que se identificaba con las escuelas lancasterianas, lasallanas, y también con la educación liberal. Estos pedagogos dispusieron de una enorme influencia sobre el Ministerio de Educación, y a través de las funciones públicas que pudieron ocupar, llevaron adelante la construcción de un sistema de escuelas normales, impulsaron una reglamentación de la profesión docente y plantearon en el país, a través de revistas y congresos, toda una serie de debates pedagógicos sobre la transformación educativa.

En el centro de las preocupaciones de este grupo de pedagogos –Uzcátegui, Murgueytio, Espinosa, Mora, entre los más conocidos– estaba la construcción a través de la educación, de un “hombre nuevo”, de un sujeto que respondiera a los desafíos de la modernidad y se integrara en el Estado-nación de matriz europea-occidental. Pero esta construcción pasaba también por la formación de un nuevo tipo de maestro, un maestro capaz de aplicar saberes integrados entre ellos –no solo la pedagogía, sino también la psicología, la puericultura, la pediatría, etc.–, para despertar y estimular en los niños habilidades y características que la educación tradicional mantenía encubiertas. Este nuevo maestro necesitaba ser formado y organizado de una manera “moderna”, a través de procesos racionales que el aparato burocrático del Estado era capaz de meter en acto. Son, por lo tanto, tres los ámbitos que Sonia Fernández pone en el centro de su estudio para describir y analizar esta transformación educativa de la Escuela Nueva: la idea del niño, la idea del maestro y la idea de la organización educativa.

La reflexión sobre el niño que se elaboró en la Escuela Nueva es particularmente interesante, pues revela la ambición antro-po-iética que tuvieron los pedagogos normalistas, y sus estrechos lazos con el proceso de construcción del moderno Estado-nación. El término antro-po-iesis es usado por Francesco Remotti para definir todos aquellos procesos que las sociedades llevan adelante para ir dando forma a los seres humanos desde su nacimiento. Clifford Geertz ha evidenciado cómo el ser humano nace biológicamente incompleto, y por eso es necesario que el nivel de la cultura complete todas sus carencias. De aquí, el hecho de que para colmar estos vacíos cada grupo social se plantee la necesidad de construir su “forma de humanidad”, y de esta manera vaya poniendo en acto dispositivos y

procesos –las tecnologías del yo, según Foucault– que van dando forma a las personas sea de manera intelectual, sea de manera física. En el caso de la Escuela Nueva, este tipo de proceso antro-po-iético se centraba sobre el niño, que estaba en el centro de todo el discurso educativo al punto que podríamos hablar más de un proceso de paido-poiesis. En la perspectiva de la Escuela Activa el niño asumía una condición propia, separada del mundo adulto, que se caracterizaba por su vulnerabilidad y necesidad de cuidado. La educación ideal de este tipo de niño, para convertirlo en ciudadano adulto moderno, se fundaba sobre una combinación de elementos físicos –la higiene, los hábitos de salubridad, la gimnasia y el deporte– e intelectuales –el respeto de la personalidad, la individualidad, la valorización del aprendizaje y del “aprender haciendo”–. Es a partir de la Escuela Nueva que toda una serie de actividades educativas consideradas “modernas” –las excursiones, las granjas escolares, los deportes, etc.– toman forma y se integran en los programas oficiales.

Para lograr el objetivo de un “niño nuevo” se necesitaba también un nuevo tipo de maestro, al mismo tiempo que un aparato burocrático organizado y racional que pudiera vehicular, pero también controlar, la acción docente. Es en este sentido que los pedagogos de la Escuela Nueva impulsaron la creación de escuelas normales en todo el país, en las que se experimentaban nuevos programas de formación docente. El nuevo docente auspiciado por el normalismo no debía solo conocer los contenidos de las materias, como en el pasado, sino también saber manejar técnicas que facilitaran el aprendizaje de los alumnos; debía tener también conocimientos de todas las “ciencias del niño” –la psicología, la puericultura, la pediatría– así como de alimentación, medicina y ciencias de la salud. El nuevo maestro debía establecer con sus alumnos una relación casi “total” de cuidado de todos los aspectos de su existencia, con el objetivo de forjar desde todos los ámbitos este ideal de “hombre nuevo”. Esta actitud, que Sonia Fernández define como paido-céntrica, ponía al niño en el centro de la atención educativa, y lo veía como un sujeto vulnerable, necesitado de una acción educativa para poder crecer como ser humano. Esta vulnerabilidad se manifestaba sobre todo en los contextos populares, que la ideología de la modernidad veía como degradados y corruptos, y que constituían un obstáculo en el proceso de construcción de la nación por parte de las élites de origen blanco-criollo. La idea de una infancia “desvalida” que, como eficazmente ilustra Sonia Fernández, era necesario “redimir” para poder salvarla de sus condiciones de inferioridad, se fundaba, por lo tanto, sobre un conjunto de ideas racistas y clasistas que subalternizaban a las clases populares y las consideraban inferiores.

El discurso de la Escuela Nueva fue, por lo tanto, ambiguo: si por una parte se presentaba como una ruptura con la educación tradicional, impulsando una pedagogía de valorización de la libertad del niño y buscaba una educación no fundada sobre la disciplina y la constrictión, sino sobre el “aprender haciendo”, por otra planteaba también un discurso de “nueva humanidad” y “modernidad” que respondía a la visión de las clases dominantes y que representaba a la diferencia social y cultural en términos de atraso e inferioridad. La escolarización de la infancia aparecía entonces como una estrategia de dominio y control, pues tenía el objetivo de impulsar la imposición de un nuevo modelo de ciudadano único que se integrara dentro del Estado-nación de matriz blanco-criolla, así como de favorecer un nuevo tipo de sometimiento o disciplinamiento. Cabe, por lo tanto, preguntarse entonces de qué manera la formación de los maestros no estuviera dirigida a crear funcionarios agentes del control del Estado sobre las clases populares, y cuánto la acción docente fundada sobre las pedagogías activas no fuera una manera de promover una idea de humanidad “moderna” homogeneizante y excluyente. El discurso pedagógico de la Escuela Nueva promovía, en efecto, una idea de la educación vista como “ciencia” y de la pedagogía como “técnica”, y presentaba ambas en términos de universalidad. Estas ideas de “ciencia” y “técnica” deshistorizaban el aula y descontextualizaban al niño, substrayéndolo a sus orígenes y negando sus posibles elementos de diversidad. Es verdad, como hace notar Sonia Fernández, que buena parte de los pedagogos de la Escuela Nueva asumieron un activismo muy fuerte en los movimientos socialistas y comunistas de la época, así como prestaron mucha atención al mundo rural e indígena, pero también hay que reconocer que sus acciones se desarrollaban dentro de unos esquemas conceptuales fuertemente connotados por el evolucionismo social y por una fe en el progreso y en la modernidad, dentro de los cuales la diversidad cultural asumía inevitablemente una condición de inferioridad.

Sin querer llegar a conclusiones sobre la experiencia de la Escuela Nueva en Ecuador, pienso que podemos ver, como el caso estudiado por Sonia Fernández nos sugiere, una serie de reflexiones y puntos de debate sobre las relaciones entre educación y poder, y también sobre el papel de los maestros en facilitar o no los procesos de construcción del Estado y de afirmación de ideologías impulsadas por las clases dominantes. La puesta en relación del pensamiento pedagógico de la Escuela Nueva con las ideologías de la modernidad nos deja ver que la acción pedagógico-educativa no puede ser descontextualizada de sus condiciones de realización institucional, ni puede tampoco ser separada de la dimensión del poder. Las ideas antro-po-iéticas sobre el “hombre nuevo” que promovían los pedagogos

de la Escuela Nueva podían parecer muy favorables a las clases populares, pero se formulaban desde un lugar de enunciación elitario, desde una posición que Mercedes Pietro ha definido como la colonialidad del Estado. De la misma manera, el tema de la “infancia desvalida” ha sido señalado recientemente por Rita Segato como uno de los elementos del discurso colonialista que busca justificar las políticas de homogeneización del Estado. Las ideas pedagógicas no son, por lo tanto, neutrales, sino que se insertan dentro de un proceso de construcción de las ideologías dominantes, pueden ser impulsadas por el Estado, y entonces se prestan a ser utilizadas en función de la imposición de estructuras de poder que pueden negar la diversidad. En conclusión, pienso que el libro de Sonia Fernández tiene el mérito de aportar a partir de la historia de la educación a un debate muy interesante, y que queda abierto, sobre las relaciones entre pensamiento pedagógico, formación de maestros, institucionalización de la educación y poder.